

RECENSIONES

Gustavo Pereira.
Historias del Paratso. Margarita:
Fondo editorial del Estado Nueva Esparta, 1998. 3 tomos.

No es casual que una determinada historia oficial de nuestra América se haya empeñado en hacer creer que ya todo está dicho y que, obviamente, ha quedado escrito indefinidamente. Y esa tan conocida idea que en cada época se ha vestido de ropajes distintos, ha convertido a la documentación existente en verdades reveladas para la veneración permanente. En alguna ocasión Enrique Bernardo Núñez habló también de "historias escritas al detal, verdadero baratillo de historia", es decir, la quincallería del acontecer confundida entre otros abalorios y bisutería. Por lo tanto, no es azariento que, por derivación de lo anterior, países como Venezuela, y el continente entero, siempre estén amenazados por el apareamiento de unas fechas cuyo único objetivo resaltante es el de materializar una producción sonora y celebrativa. Al final, tal visión de esa cronología sólo busca cubrir de estatuas por doquier a la geografía entera. Es lo que ha sucedido, por ejemplo, con los llamados "500 años", que primero tuvieron que ver con 1492 y después con 1498.

Con esos ingredientes auestas, y apuntalados por un conjunto de factores que han confluído en tal sentido, se ha venido erigiendo un discurso que, como las aguas de un río avasallante, se ha metido por todos los intersticios de la cultura. Y naturalmente que ha sido ésta la única opción perceptible y con proliferante circulación social entre nosotros.

Por eso tendría que llamar la atención un libro como este de Gustavo Pereira, *Historia del Paraíso*. Unas escrituras desprendidas de una convicción, que sería como decir de un campo de batalla: "Una inconformidad fue cimentándose con los años a la luz de disímiles papeles caídos en mis manos por azar o por búsqueda afanosa: libros, relaciones, testimonios, anales, crónicas, memorias y documentos en cuyas entrañas pude vislumbrar otras presencias y otros fantasmas que me hablaban desde una realidad de mil modos todavía presente y lacerante en nuestra América". Y precisamente en ese debatir, se fue dilucidando su ineluctable razón de ser, así como también se fue clarificando la corporeidad de sus páginas, así como igualmente la forma de su expresividad.

Fue considerable el tiempo de esa faena, desde 1980 hasta su culminación, ocho años después, para intentar allí una lectura del mundo conocido, que no fuera ya la tan gastada y manoseada versión y, consecencialmente, que de todo esto surgiera la obligante, como necesaria, reescritura: "Aquellos infolios, aquellas soterradas presencias, aquellos espectros recobrados de sus tumbas vacías, aquella injusta hagiografía que pretendió eternizar como villanos a los defensores de su gente y su cultura, y como héroes a truhanes y salteadores bajo el pretexto de una moral de época, me fueron revelando que en la infamia, en el deshonor, en el expolio, en la inferiorización, en la segregación y en la deculturación subyacían las raíces de una parte considerable de nuestro presente de frustración y subdesarrollo iniciado, pro cruel paradoja, en el territorio de arawacos y caribes que Colón pregonara con el Paraíso Terrenal.

Naturalmente que a medida que ese menester fue transitando sus múltiples indagaciones, a medida que fue explorando las grietas de tantos textos del pasado distante y próximo, a medida que fue intuyendo tantas verdades ocultas en las hendiduras de las palabras, se fue llenando de asombro y, por lo tanto, esas letras, cuando cuajaron en su organicidad, tuvieron que impregnarse así mismo de regocijo. Era la placidez del saber alcanzado. Por dichos motivos, para abordar ahora con propiedad su semántica, habría que recorrer todo el tejido de su textualidad. Nada podría quedar fuera de la mirada lectiva. Porque en esos tres volúmenes, se logró una orquestación con tan diversas voces, estas que en constante lucha por asomar su rostro venían mayoritariamente silenciadas. Y por ello, lo que refuerza la consistencia de su urdimbre es precisamente esa especie de convocatoria o de concurrencia. De allí que es ineludible asumir, por ejemplo, los epígrafes, cada uno de ellos cargado de enunciaciones y de resonancias multiplicadoras, puesto que son elementos básicos que hicieron borrosa su procedencia originaria, para sumergirse en el campo de expresión de otro espacio escritural. Similar señalamiento podría observarse en las construcciones que sirvieron para demarcar o titular el interior de la obra. Son enunciados, asimismo, que van dibujando la carta de navegación de los textos escritos: “Un palo labrado a la deriva”, “Las sombras no tienen alma”, “Apóstoles de la codicia”, “La imaginación encadenada”, “Lengua amarga, lengua alucinada”, “La sombra repentina de Guaicaipuro”, “La caballería errante del mar océano”, “Dioses conciliados con la vida”, etc. etc.

No sólo fue la consulta de tantas fuentes de estudio, variadas y diversas, que le da sustento a la información requerida, es la manera de cómo esos textos de otros convergieron: fue la disposición de tantos fragmentos originados en cauces distintos, para unirse, para trenzarse, y así conformar un inmenso *collage*. Trozos venidos de tan lejanos tiempos, como otros más avicinados a nosotros, que se resemantizaron en la

nueva contextualidad que le brindaban esas historias del Paraíso.

De allí que, en más de una ocasión, luzcan como letras que nunca antes se hubiesen leído, inéditas en cierto sentido, puesto que esa nueva ubicación y un distinto enfoque permitían que brotaran nuevas significaciones que estaban apenumbadas en algún rincón de los vocablos. Sería el caso de un Bartolomé de Las Casas, y hasta el mismísimo Bolívar, tan frecuentemente nombrado en nuestro país, y hasta vapuleado por las citas, aquí dentro de la textura de su signo escrito, surgía alguna vertiente que podría contener agua para humedecer la sed del lector.

Desde luego que esta obra se hizo para narrar, esa era su acometida. A ese fin obedece el diseño de su estructura. Son veintiséis capítulos distribuidos en tres partes. Su pórtico se inaugura con una voz que dice:

Yo era un búho más sobre la tierra
Un condenado de la historia
Hasta el día en que vinieron a mí los viejos coágulos de
aquellas sombras
y me persuadí de estas cosas.

Y al final, en el remate de una costura, es la palabra de un antiguo sabio maya la que sintetiza, entre el antes y el después, todas las historias que se han narrado, de las cuales asoma una conclusión:

“Un tiempo abrasador, después de un tiempo de frescura. Es el largo de una piedra, es el castigo del pecado de orgullo de Itzaes. Los Nueve Dioses acabarán el curso del Tes Ahau Katún. Y entonces será entendido el entendimiento de los dioses de la tierra. Cuando haya acabado el Katún, se verá

aparecer el linaje de los nobles Príncipes cuyos rostros fueron estrujados contra el suelo, los que fueron insultados por el rabioso de su tiempo, por los locos de su Katún, por el hijo del mal que los llamó "hijos de la pereza", los que nacieron cuando despertó la tierra, dentro del Tres Ahau Katún. Así cabarán su poder aquellos para quienes Dios tiene dos caras".

Historias del Paraíso, de Gustavo Pereira, es un libro para el regocijo del intelecto y del mundo sensible, pero por encima de todo se dirige a satisfacer esa inmensa necesidad de verdades que tiene el venezolano en el tope de este fin de milenio.

Trino Borges.